

---

## DESENGAÑO

---

En pos de la verdad, con ansia impía  
Corrí desatentado  
Pero, alcanzada al fin, ¡cuánto daría  
Por no haberla alcanzado!

---

---

## ULTRA

---

Morir.... Dormir.... —¿Dormir? —¿Soñar acaso!  
SHAKESPEARE.

### I

Despierta, corazón, ésta es la hora:  
Ya tu plegaria vespertina espera  
La pobre compañera  
Que á sombras del ciprés dormida mora.  
Despierta, sí, despierta: ya incolora  
Se angosta en las regiones del vacío  
La franja del crepúsculo sombrío,  
Semejante á la franja de la aurora.  
Mas no: ¡cuán diferente!  
Ese sol esplendente,  
Que los cielos recorre paso á paso,  
¡Qué alegre se levanta en el oriente!

Y ¡qué triste se oculta en el ocaso!  
Sonriendo, la aurora  
Mece la cuna del naciente día;  
El crepúsculo llora  
Sobre el lecho mortal de su agonía  
Despierta, corazón: ¡ésta es la hora!

\*

¡Hora solemne y grave.  
Suavido busca silenciosa el ave  
Por el bosque vecino,  
Y en la torre lejana  
La trémula campana  
Lanza el triste lamento vespertino;  
Desde el cielo profundo,  
Desplegando sus negros pabellones,  
En fúnebres crespones  
Va la noche cayendo sobre el mundo;  
Al hálito invernal de Guadarrama,  
La niebla, de los valles desprendida,  
Por los desnudos árboles tendida  
Cuelga su blanco tul de rama en rama;  
Y, con rumor de lúgubre misterio,  
Tan vago que las auras no lo advierten,  
Sobre mi frente su tristeza vierten  
El sauce y el ciprés del cementerio.  
Ellos, de mi dolor graves testigos,

Ya por suyo me cuentan y me miran:  
Sus secretos me dicen como amigos;  
Sus sentimientos de piedad me inspiran;  
Y tienen uno y otro por tan cierto  
Ser mi propia mansión la sepultura,  
Que, cuando en medio de la noche obscura  
Salgo dejando mi lugar desierto,  
Se admira el sauce, y el ciprés murmura:  
“¿Adónde vas, adónde, pobre muerto!”

\*

Aquí el alma se eleva y se contrista  
Pensando en esta vida transitoria.  
¿Qué es el hombre? ¡Ay de mí! ¡Frágil arista!  
¡Mentira su saber! ¡Humo su gloria!  
¡Nada en él que á la muerte al fin resista!  
“¡Quitado de la vista,  
Pronto se va también de la memoria!”  
Ni amor ni gratitud le prestan nido:  
Bien lo dice este osario  
Sobre cuyo recinto solitario  
Tiende sus alas el traidor olvido.  
La yerba borra lo que fué sendero;  
Y estas desiertas soledades cubre  
(¡Miserable sudario postrimero!)  
Ya con su nieve Enero,  
Ya con sus hojas pálidas Octubre.  
Abismo en cuyo fondo no medido

Ni penetra la luz ni el viento zumba,  
Si es más honda que el báratro la tumba,  
Más hondo que la tumba es el olvido.  
¡Vanidad! ¡Vanidad! ¡Miseria suerte  
De todo humano bien! Gloria, riqueza,  
Poder, talento, juventud, belleza....  
¿Qué hay seguro en la vida, qué?—¡La muerte!

\*

¿Y más allá?—¡La sombra inexplorada!  
¡La negra inmensidad desconocida!  
¡El misterio!

Con ola desmayada  
Llega á la tumba el mar de nuestra vida.

Mas lo que al hombre espera  
Detrás de aquel estrecho tenebroso

¿Es puerto de reposo,  
O es nuevo mar sin fondo y sin ribera?

Cuando un cadáver miro,  
Mudo de horror, ni aliento ni respiro.  
¡Ay! aquella tensión inmóvil y fría  
¿Es inercia? ¿es dolor? ¿es sueño? ¿es calma?....  
¡Problema que á la ciencia desafía!

¡Oh eternidad sombría!  
¡Oh abismo de los vértigos del alma!  
¡Morir! ¡Dormir!—¿Dormir?—¡Soñar, acaso!,  
¡Y ésta es la duda que nos turba el pecho  
Ante el último paso

Que lleva, oh tumba, á tu recinto estrecho!  
¡Duda espantosa que la mente enerva!  
¿Es materia no más, materia inerte,  
Lo que de nuestro sér al fin conserva  
En sus garras fatídicas la muerte?  
Espiritu!.... ¡Materia!....—¡Unión oscura  
Que en vano el sabio deslindar procura!  
¿A qué esa dualidad mal definida  
Con que el hombre duplica su miseria?

Para explicar la vida,  
El espíritu basta, ó la materia.  
Pero ¿cuál?—Cuando enfoca vuestro lente,  
Oh sabios el anverso y el reverso,  
De la cuestión ¿qué queda al fin patente?  
¿Es mi mente porción del universo,  
O el universo engendro de mi mente?

¡Problema tremebundo,  
Que á todo pensador arruga el ceño!  
Yo, cuando en duda tal el juicio empeño,  
Aquí, de la conciencia en lo profundo,  
Mejor concibo el mundo como un sueño  
Que el alma como un átomo del mundo!

\*

Más, en rigor, ¿qué añade á mi ventura  
Ser espíritu ó ser materia impura?  
Esto que piensa, en mí (sea cual sea:  
Almo soplo divino

Que ingrávigo los orbes señorea,  
O átomo miserable que, sin tino,  
    En ciego torbellino,  
Del mundo con los átomos guerrea),  
    Ello es que existe y siente;  
Y, obra de Dios ó aborto de sí mismo,  
    Siempre ha de hallar presente,  
Oh eternidad, tu inevitable abismo.  
Triste verdad, pero verdad notoria.  
Dilema que no admite dilatoria:  
Si existe Dios, existe la justicia;  
    Y la inieua malicia  
Y la virtud constante y meritoria  
    Han de encontrar eterno  
El premio en las delicias de la gloria  
O el castigo en las penas del infierno.  
Si Dios no existe como fuerza esterna,  
Si El no sacó los mundos de la nada,  
    La materia es eterna:  
Porque eterna ha de ser, siendo increada  
Mas, si en ella el espíritu no anida,  
Si ella sola se rige y se gobierna,  
Ella ha de ser quien sufre dolorida;  
¡Y, eterno el mundo y el dolor eterno  
Siempre hallará la mente confundida,  
A falta de las penas del infierno,  
El espantoso infierno de la vida.

\*

¡Una vida tras otra!—¡Horrenda suerte!  
    ¡Perdurable agonía!—  
¡En pos de las tinieblas de la muerte,  
Surge el lívido albor de un nuevo día!  
¡Eterno, inexcusable cataclismo!  
    ¡Tras un abismo, un monte! . . . .  
    ¡Tras un monte, un abismo! . . . .  
¡Y un horizonte en pos de otro horizontel . . . .  
¡Y otro! . . . ¡y otro después! . . . —Siempre lo mismo!  
¡Funesto aborto del sepulcro inerte,  
Cada breve existencia consumida  
Termina en las congojas de otra muerte,  
Germen de los tormentos de otra vida!  
¡Batalla eterna, misteriosa y muda!  
Sobre este helado suelo que ahora, insano,  
De su verdor el ábrego desnuda,  
    Poderoso y lozano  
Su agreste pompa tenderá el verano.  
Con inconsciente amor, la madre tierra  
    Que los yertos despojos  
De cuanto ha sido, en su regazo encierra,  
Fecundizada por los rayos rojos  
Del sol primaveral, trocará en germen  
De vida y de vigor la podredumbre

De esas reliquias que ateridas duermen,  
Por la voraz raíz arrebatados,  
    En ciega muchedumbre,  
Los átomos que hoy yacen disgregados  
Veránse á influjo de la etérea lumbre  
En savia exuberante transformados.  
De ella tomando aromas y colores,  
La verde rama cubrirán las flores.  
Y la flor, convertida en dulce fruto,  
Al hombre avaro rendirá tributo:  
Tributo que, á las fuentes de la vida  
Dando nuevo caudal con nuevos dones,  
    Nuevas generaciones  
Te traerá, Humanidad nunca extinguida!  
    ¡Oh fosa! en tus arcanos,  
Que las tinieblas de la muerte enlutan,  
    Voraces los gusanos  
La podredumbre humana se disputan;  
Y los hombres, inquieta muchedumbre  
    Que pulula espantosa,  
Otros gusanos son, que en otra fosa  
Devoran otra horrible podredumbre.  
    ¡Festín abominable!  
Los seres á los seres devorando,  
    Con furor insaciable  
Van el suplicio eterno renovando.  
Así, en lucha jamás interrumpida,

La muerte se alimenta de la vida,  
La vida se alimenta de la muerte,  
    Y — ¡oh pavoroso arcano! —  
El sér humano en polvo se convierte,  
Y el polvo se convierte en sér humano!

\*

Y si, por dura ley reconocida,  
Es la vida función de la materia;  
Y el dolor consecuencia de la vida,  
¿Qué esperanza de paz, segura y seria,  
Nos das, oh eternidad nunca eludida?  
En vano, consternado, miro al cielo.  
El trémulo fulgor de las estrellas]  
No me asegura el bien que, loco, anhelo:  
¡La ley universal columbro en ellas!  
Si tiendo la mirada con recelo  
Por la estrellada bóveda serena,  
O la convierto á la región obscura  
Donde el hombre, amarrado á su cadena,  
La frente inclina con dolor al suelo, —  
Desde el astro que vívido fulgura  
    En la celeste altura,  
Hasta la leve titilante gota  
Que refringe su luz como un topacio,  
La vida universal llena el espacio,  
La vida universal el tiempo agota.  
Ante la inmensidad todo es lo mismo:

Y, en ciego y perdurable cataclismo,  
Siempre de angustias y dolor fecundos,  
    Átomos son los mundos,  
Y mundos son los átomos.—¡ Abismo!  
La nebulosa apenas percibida,  
De millones de soles niebla densa,  
Es menuda molécula perdida  
Del negro espacio en la extensión inmensa;  
Y la azucena que entreabrió á la aurora  
    La copa tembladora  
De sus pétalos cándidos y tersos,  
Lleva por gala entre el follaje umbrío,  
Millones de millones de universos  
en cada limpia gota de rocío!  
    Y, con giro incesante,  
De la nítida gota en lo profundo,  
    Cada invisible mundo  
Siglos de siglos vive en cada instante.  
La importancia del tiempo es á medida  
De cada sér al universo adscrito:  
En cada sér que puebla lo infinito  
Es diferente el ritmo de la vida;  
Interminable ciclo es en el uno  
Lo que, en el otro indivisible instante:  
¡Para llenar un año de Neptuno,  
Un siglo de la Tierra no es bastante!  
¡Confusión! Nada es grande ni pequeño.  
A veces, contemplado de hito en hito,

Se desvanece el mundo como un sueño;  
Y á veces, cuando atónito medito,  
De un lado á otro, más fatal, más fosca,  
    Su inmensa curva enroscada  
La siniestra espiral de lo infinito!  
No me habléis de esas fúlgidas esferas  
Que mansiones del bien finge la mente:  
Su paz, su dicha, su tranquilo ambiente,  
Quimeras son no más, ¡vanas quimeras!  
Porque deslumbre su esplendor mis ojos,  
    ¡Esas pobres lumbreras  
Han de ser realidad de mis antojos?  
¡Ilusión! Esta vil tierra mezquina  
    Donde reina la muerte,  
    Donde el dolor domina,  
Donde el débil es víctima del fuerte,  
Donde el hombre, juguete de la suerte,  
Falso en su fe, mudable en sus consejos,  
Vive propenso al mal, y al bien rehacio,—  
¡Esta tierra también, vista de lejos,  
Es un astro en las sombras del espacio!  
Una en esencia, en formas diferente,  
La gran Naturaleza, conmovida  
    Por su fuerza inmanente,  
    Con giro permanente  
Y en cadena jamás interrumpida,  
Todo lo crea y todo lo destruye,  
Y, deshecho, otra vez lo reconstruye

Con apariencia nunca repetida.  
Y, en esta fuente que perenne fluye,  
Morir es renacer á nueva vida,  
Que á una pena otra pena sustituye.

\*

Y, si vivo á tortura condenado,  
¿Qué alivio dan á mi tormento duro  
El ciego olvido del dolor pasado,  
Ni la ciega ignorancia del futuro?  
De mi anterior y venidera historia  
Nada el inquieto pensamiento alcanza:  
¡Por un lado se ofusca la memoria!  
¡Por otro se confunde la esperanza!  
Aun en esta fugaz vida presente,  
Las huellas de pesares y venturas,  
Del tiempo con la rápida corriente  
Se borran de la mente  
Cual labor en arenas inseguras:  
Con más causa, imprevistas ú olvidadas,  
Las dichas y amargas  
De existencias pasadas y futuras  
En profundo misterio están veladas;  
Y, entre densas tinieblas apiñadas,  
Esta vida de angustias y de tedio  
Es un instante conocido, en medio  
De dos eternidades ignoradas.

Pero, aunque nada mi conciencia sabe  
De ese ayer, ya remoto, ya vecino,  
¿Es mi carga presente menos grave  
Ni menos escabroso mi camino?  
Por contener un vino y otro vino  
¿Guarda de todos la fragancia el vaso?  
¿O, de los vientos combatido, acaso  
Recuerda el mastelero de la nave,  
Cuando surca veloz las verdes ondas,  
El canto melancólico del ave  
Que ayer el nido cobijó en sus frondas?  
Pálido, torvo, sin valor, sin tino,  
Por los resquicios del eterno muro  
Que oculta lo pasado y lo futuro,  
Se asoma inquieto el hombre á su destino,  
Como á un abismo obscuro.  
Entre las sombras avanzando el cuello,  
Nada ve, nada alcanza. Mas, si escucha,  
Lamentos oye de lejana lucha,  
¡Clamores que le erizan el cabello!  
¡Vive en tinieblas, ánimo impaciente!  
Mas lo que no consiente  
Negaciones ni dudas, lo seguro  
Es el dolor presente,  
Recuerdo y vaticinio permanente  
Del pasado dolor y del futuro.  
Cada átomo del mundo es un cautivo.

Cada estrella del cielo una espejunca.  
Si á veces me pregunto pensativo,  
Cuándo el tormento cesará en que vivo,  
Cada astro es una voz que dice. "¡Nunca!"

¡Oh armonía del mundo,  
Del eterno dolor eterno grito!  
¡Oh manantial del sér, negro y profundo!  
¡Oh trabajo infecundo:  
"Verter lo inagotable en lo infinito!"

\*

¡Y es ésta la ventura  
Que á mi angustia mortal brinda el ateo?  
Cuando en el libro de la vida leo,  
Siempre te encuentro, eternidad oscura,  
Y, al descifrar la página futura,  
Creo en el mal cuando en el bien no creo

¡Triste materialismo,  
Tu esperanza más clara y más segura  
Es caer de un abismo en otro abismo!  
¡Si justiciero existe un Dios eterno,  
Infierno puede haber, puede haber gloria,  
Mas si es lo eterno la mundana escoria,  
Y es su ley el dolor, todo es infierno!  
¿Dónde la nada está? ¿Dónde se encierra  
La perdurable paz que ansié demente?  
Eterna la materia, eternamente  
Al sér mantiene con el sér en guerra.

¡Sin la imagen de Dios omnipotente,  
El infinito material aterra!

II

Mas, de improviso, en niebla tan sombría  
La luz de la esperanza reverbera;  
Su faro enciende la conciencia austera;  
Y al puro rayo que su llama envía,  
La impiedad vocinglera  
Calla con estupor, como quien viera  
En la alta noche despuntar el día.

En vano á la evidencia me resisto,  
Cuando yo propio el argumento ofrezco  
Contra el error en que tenaz insisto:  
Aborreciendo el padecer, padezco;  
Aborreciendo la existencia, existo;  
Y ¡aún recuso el poder de otro más fuerte  
Que, providente acaso, acaso ciego,  
Insensible á la queja y sordo al ruego,  
Dispone de mi suerte?

Si de mí mi destino dependiera,  
Si muerte fuera para mí la muerte,  
¿Cuándo lo que padezco padeciera?  
Existe Dios; existe, y en El creo.  
No es mentida ilusión de mi deseo:

¡Cuanto más iracundo  
Cierro los ojos á la luz del mundo,  
Mejor su faz en mi conciencia veol

Los que juzgan inútil su existencia,  
Por más que en la impiedad ciegos se gocen,  
Para fundar su ciencia,  
Sujeto á ley el mundo reconocen.—  
¿Ley sin legislador?—¡Sueño! ¡Demencia!

\*

Pero ese Dios potente soberano  
¿Es de venturas perennal venero?  
¿Es de miserias manantial insano?  
Vengativo, clemente ó justiciero.  
¿Qué es para el hombre, en fin? ¿Padre ó tirano?  
Cuando á veces sus obras considero,  
(Mal que á mi fe y á mi esperanza cuadre),  
Aunque á sus piés postrado le venero,  
Por tirano le tengo, y no por padre.  
Si todo es obra de su fuerte diestra,  
Si en todo brilla su saber profundo,  
¿Quién lanzó á las tinieblas de este mundo  
Tanta cosa siniestra?  
¿Quién puso al tiburón la triple fila  
De sus dientes voraces?  
¿Quién en secreto afila  
Las garras de las fieras montaraces?  
¿Quién erizó la zarza punzadora  
Que el pie desnudo del mendigo araña?  
¿Quién la naciente espiga bienhechora  
En los brazos ahogó de la cizaña?

¿Quién á los ojos del insomne buho  
Dió la atracción que al pájaro fascina?  
¿Quién dirige de noche el triste duo  
Del lince y de la loba en la neblina?  
¿Quién el veneno destiló en el pomo  
De su cóncavo diente á la culebra?  
¿Quién la virtud, cual frágil vidrio, quiebra?  
¿Qué juez firmó, sellándolas con plomo,  
Las sentencias que el báratro celebra,  
Y su pluma infernal limpió en el lomo  
Del tigre, del leopardo y de la cebra?  
Si es Dios creador, y bueno, y soberano,  
¿De dónde nace el mal?—¡Horrible arcano!

\*

¡Nadie examina sin pavor, Dios mío,  
Misterio tan tremendo y tan profundo!  
Más ¡no! cuando en tu luz el alma inundo,  
Yo, á despecho del mal, en Tí confío.  
El mal no es obra tuya: es el vacío  
Que, donde faltas Tú, queda en el mundo!  
Si el mundo como Tú, fuera perfecto,  
Su esencia con tu esencia fundiría,  
Y tus obras quedarán sin efecto:  
El mundo que tu mano formó un día,  
Sólo puede existir siendo imperfecto.  
La imperfección, que es ley de su existencia,  
A todas horas, por doquier, trasluce:

Sólo forzando su bastarda esencia.

Tu sabia providencia,  
De los senos del mal, el bien produce.  
Si tu ardiente mirada no ilumina

La cúpula del cielo,  
La obscuridad sus ámbitos domina,  
Y, entre los pliegues del nocturno velo,  
Hacia la nada la creación camina;  
Si de tu aliento bienhechor carece

La selva enmarañada,  
De efluvios deletéreos impregnada  
La brisa nuestras fuerzas entumece,  
Y la flor de la adelfa nos ofrece  
Su purpurina copa envenenada;  
Si tu mano las rocas no encadena,  
Los altos montes desquiciados crujen;  
Y si tu augusta voz no los refrena,  
El leon y el volcán furiosos rugen.

\*

Y es bien, Señor, es bien que así suceda:  
Sin el terror que en la conciencia queda  
Tras los azares de la humana vida,  
¿Quién habrá que atajar el vuelo pueda  
De la soberbia, que en el alma anida  
Como el ave nocturna en la arboleda!  
¡Oh! Cuando de mi juicio temerario  
Me aparta la razón, á luz más clara

Tu rigor considero necesario:

Si tu mano severa,  
Cuando yerro, mi error no castigara,  
¿En qué tu omnipotencia conociera?

Desde el primer sollozo de la cuna,  
Sed de placer, ardiente, nos devora:  
Cuanto el mundo en sus senos atesora  
Pedimos por tributo á la fortuna;

Y cuanto bien gozamos  
Bajo la esfera de la blanca luna  
Obra de nuestro mérito juzgamos.  
Desvanecido por la dicha el hombre,  
Aunque los ojos torne á lo infinito,  
No ve, Señor, tu sacrosanto nombre  
Con viva luz en el zenit escrito:  
Sus turbios ojos la soberbia empaña,  
Cual polvo por el viento arrebatado;  
Pero al fin te descubre, consternado,  
Si ardiente el llanto sus pupilas baña.

El dolor es la espina punzadora  
Que nos hace bajar la vista al suelo;  
Pero, en las sombras del humano duelo,  
El es también la mano redentora

Que nos indica el cielo.  
El dolor nos advierte  
Que encima de esa bóveda estrellada  
Hay un Dios justo y fuerte,

Arbitro de la vida y de la muerte,  
Señor del universo y de la nada.

No son dos dioses, no, como allá un día  
Persia ciega creía;

Persia, que cuando el cielo contemplaba,  
Dos poderes contrarios descubría:  
Uno que las estrellas inflamaba,  
Otro que las estrellas extinguía.  
Sola una mano el universo mueve.

El aire que la nieve  
Cusaja en las altas cimas de Moncayo

Es el mismo en que Mayo  
Tibia la esencia de sus flores bebe:  
Así también, sin ira ni desmayo,  
La diestra que los mundos equilibra  
Es la misma que el rayo  
Sobre la frente de los mundos vibra.

Justo á un tiempo y elemento,  
Dios la piedad con el rigor hermana:  
Su cólera, volcán incandescente,  
Confunde á veces la soberbia humana  
Con hórrido aluvión de lava hirviente;  
¡Pero, á su pie, la fuente  
Del eterno perdón perenne mana!

\*

Atribulado espíritu, ¡despierta!  
Si á Dios acudes, la esplendente puerta,

Límite de los ámbitos del cielo,  
Jamás cerrada encontrará tu anhelo:  
¡Abierta está, de par en par abierta!

La puerta del abismo . . . .  
Esa no la abre Dios: ¡la abres tú mismo!

\*

Ni ¿qué otro abismo que tu mente obscura?  
Como arrastra el forzado su cadena,  
Sujeta al pie, colgada á la cintura,  
Oh conciencia, en tu lóbrega clausura,  
Cada crimen arrastra en pos su pena.  
No esperes, criminal, con ansia vana  
Esquivar el fatídico escarmiento:  
Si á veces duerme la justicia humana,  
Tremenda la justicia soberana  
Suscita el velador remordimiento.  
¡En vano, en vano intentarás la huida!  
¡Seguro, inevitable es el castigo;  
Que, de tí propio acusador testigo,  
Mientras dura tu vida,  
Donde quiera que vayas, vas contigo!  
En público y á solas,  
¡Oh miserable criminal perverso!  
Ya cuando ruge el huracán adverso,  
Ya cuando braman las revueltas olas,  
Temes por enemigo al universo;

Y, en el silencio de la noche, cuando  
Vas por la obscura selva caminando  
Si alzas la vista al estrellado cielo,  
Hondo pavor á tu conciencia inspiran  
Esos ojos sin rostro que te miran  
Entre las sombras del nocturno velo.

Como entra en lo profundo  
De la cloaca vil precipitado  
Fuliginoso cieno nauseabundo  
Por la lluvia del cielo arrebatado,  
Así, en negro aluvión, de horror preñado,  
La nocturna tiniebla que á deshora  
Con los rayos del sol barre la aurora  
Se sume en la conciencia del malvado.

Espantosa caverna  
Donde, á manera de nocturnas aves,  
Tristes anidan las congojas graves,  
Su alma vive bañada en noche eterna.

\*

Mas si se vuelve á Dios con fe segura,  
Dios en ella sus dones multiplica,  
Y en luz la anega, y calma su amargura,  
Y al fuego del dolor la purifica.

El dolor—¡oh misterio!—  
El dolor no es el mal: ¡es el cauterio!  
Que á nuestra corrupción el Cielo aplica!

\*

Corazón miserable, nunca dudes  
De la bondad divina en tu impaciencia.

Con santa competencia  
Brillan en Dios potentes dos virtudes:  
Exentas de flaqueza y de sevicia,  
Siempre ante la divina Omnipotencia  
Resiste á la Clemencia la Justicia;  
Mas vence á la Justicia la Clemencia.

¿Por quién tomas á Dios? ¿Por quién?—Su Esencia  
De toda perfección norma segura,

Su bondad evidencia:  
Inmenso es su poder; su inteligencia  
Más que la luz fulgura;  
Y marchita se agosta en su presencia  
Toda humana hermosura.

A sus altos decretos  
El tiempo y el espacio están sujetos.  
Todo á sus santas leyes obedece:  
Desde el astro que inmóvil resplandece  
En la cúpula azul del firmamento,  
Hasta el bólido raudo que parece  
Gallardete de luz tendido al viento.  
Todo á su augusto imperio se sujeta:  
Hasta el vago cometa

Que del cielo se pierde en lo profundo  
O junto al sol tremola  
Tendida al éter la candente cola  
Angurando catástrofes al mundo.  
En su órbita encerrado le venera;  
Y, si de ella se aparta vagabundo,  
Dios, con su mano que en la sombra oculta,  
Lo ataja en la mitad de su carrera,  
Lo prende por la ardiente cabellera,  
Y en los negros espacios lo sepulta.  
Para su voluntad, todo es posible.  
Para su comprensión, todo es pequeño;  
Que, del ser y el no ser, árbitro y dueño,  
El torna en realidad lo inconcebible,  
Y lo evidente, en sueño. —  
¡Triste oprobio de humanas vanidades!  
De unas á otras edades,  
Sombras ayer, mañana resplandores,  
Las antiguas verdades son errores,  
Los antiguos errores son verdades.  
Sólo es segura, oh Dios, tu inteligencia;  
Ciega y muda ante Tí, borra la ciencia  
La página que ha escrito.  
En tu mente se anega lo infinito;  
La eternidad se encoge en tu presencia.  
Tu hermosura pregon a el firmamento:  
Ante tu dulce aliento,

Efluvio pestilente  
Despiden los fragantes cinamomos;  
Y los rayos del sol resplandeciente,  
Ante los rayos de tu excelsa frente  
Dicen temblando:—“¡Oh Dios! ¡tinieblas somos!”

\*

Y á esa Esencia divina,  
Que en sí la plenitud del bien encierra,  
¿Puede faltar, oh amor, tu peregrina  
Lumbrera que ilumina  
Los ámbitos del cielo y de la tierra?  
¡Oh dulce ley forzosa!  
¿Qué es el amor, qué es el amor, Dios mío,  
Sino el lujo del ser en quien rebosa  
Vida, fuerza, valor y poderío?  
¡Fuerza! ¡amor! ¡Dos palabras  
Que un solo bien acordes significan!  
Tú, amor, con tu poder el mundo labras:  
Tus alientos los orbes vivifican:  
Por tu saeta herido,  
Su trino el ruiseñor alza en la olmeda;  
Por tí el águila enreda  
Sobre el alto peñón su tosco nido;  
Por tí el lirio campestre  
Segrega el dulce aroma de su estambre;  
Por tí zumba el enjambre

Que agota el zumo al romeral silvestre;

A tu hálito fecundo,

Se inunda en lluvia de placer el mundo:

Despide la violeta su fragancia,

Rebosa la colmena, su tesoro

La vid nudosa en el lagar escancia,

Y la granada espiga, en letras de oro,

Repite por los campos:—“¡Abundancia!”

¡Oh amor, oh amor, tu diestra omnipotente

Los astros á los astros eslabona!

Tú ciñes con tus manos á la frente

De la noche su espléndida corona:

Sin tu tierno latido

Que conmueve los átomos, perdido

El dulce efuvio que entre sí se envían,

Como el diamante en el crisol fundido

Los astros á la nada volverían.

Tú, más casto, más puro,

A más sublime condición nos llevas

Si el alma humana, miterioso, elevas

Mostrándole en el cielo el bien futuro:

Tú solitario habitas

El obscuro rincón de las ermitas

Perdidas en los páramos desiertos;

Tú en el retiro y la oración marchitas

Las frentes de los santos cenobitas

Que ruegan por los vivos y los muertos.

¡Oh universo, hervidero de la vida,

Fuente perenne que á torrentes manas,

Tú, en unión por el cielo bendecida,

Fuerza y amor hermanas!

Por más que el hombre su sentido tuerza,

FUERZA Y AMOR, en Dios como en el hombre,

Un bien expresan con distinto nombre;

Y fuerza es el amor, y amor la fuerza.

\*

Y, siendo Dios la Fuerza Omnipotente

Que el mundo esparce, como esparce el prisma

Los colores del sol resplandeciente,

¿No ha de ser el Amor su Esencia misma?

Señor, que en tu infinito poderío

El universo riges con tu dedo,

Sólo de tu piedad duda el impío:

¡No cabe en Tí, Dios mío,

La cobarde crueldad, hija del miedo!

Mal tu poder comprende

Quien teme que piadoso lo desdore:

¡El hombre cuyo pecho el odio enciende,

Es quien tu gloria ofende

Consagrande en tus aras sus rencores!

\*

¡Alienta, corazón! La Omnipotencia

No puede ser cruel: el Fuerte es Bueno,

Y no hay bondad cumplida sin clemencia.

Señor, si al hombre que, de dudas lleno,  
Doblando la rodilla  
Bajo tu pedestal la frente humilla,  
Rechazaras airado de tu seno;  
Si con juicio sereno  
Condenaras su flaca inteligencia  
Por no alcanzar misterios de tu esencia;  
Si, de piedad y compasión ajeno,  
Descargaras en él tu airada mano,  
Y en su error te ensañaras vengativo,—  
Yo mísero mortal, yo vil gusano,  
Yo, que más generoso te concibo,  
Fuera mejor que Tú, Dios soberano!

¡No! mi mente turbada  
Podrá errar si tu Esencia considera;  
Mi inteligencia durará ofuscada,  
Pero mi corazón seguro espera.  
Y es tan viva esta fe, que si del cielo  
Viera hundirse la bóveda estrellada  
Y los mundos volver en corvo vuelo  
A los lóbregos senos de la nada.—  
Del negro espacio en la región vacía,  
Transido de vapor, mudo de espanto,  
¡Dios clemente, Dios santo,  
Yo en tu inmensa bondad esperaría!

¡Oh! cuando el alma hiere  
La luz que en tu mirada centellea,

No hay un átomo en mí que en Tí no crea,  
No hay un átomo en mí que en Tí no espere;  
Y, ciego con los vívidos destellos,  
Que ofuscan mi turbada fantasía,  
A expresarte mi amor no alcanzaría  
Si lenguas se tornaran mis cabellos!

\*

Este férvido amor que á Dios se lanza  
Buscando lo perfecto en lo absoluto,

Esta firme esperanza

Que robustecen el dolor y el luto,

Esta fe poderosa

Que ilumina las sombras del misterio,

Hablan al corazón en cada fosa

De tu recinto, ¡oh mudo cementerio!

Por eso, con la mente obscurecida,

Pero con la conciencia despejada;

Cansado de la vida,

Pero á vivir el alma resignada;

Fiel á Dios y á la esposa

Que en tí cayó desde mis brazos yerta

Y en tu seno esperándome reposa,

¡Oh muda tumba solitaria y fría

Donde ni un eco mi clamor despierta,

Yo, al espirar la luz de cada día

Sin miedo y con amor llamo á tu puerta!

ENERO Y FEBRERO DE 1880.